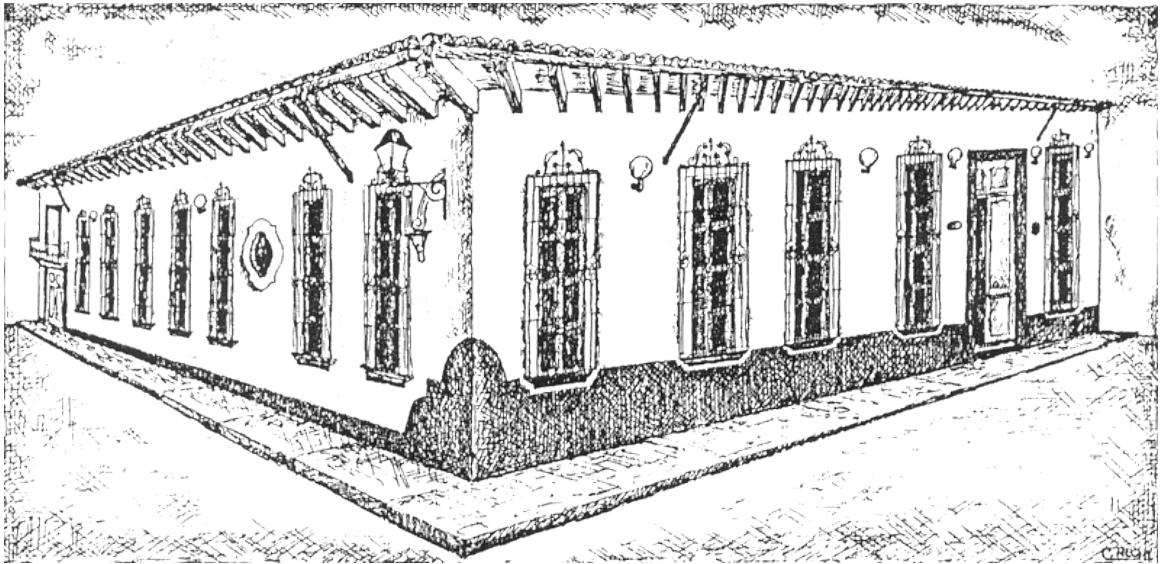


Cuadernos de Trabajo

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales
UNIVERSIDAD VERACRUZANA



23

Nacionalismo, nación y continentalismo en América Latina

Rafael Cuevas Molina

Xalapa, Veracruz. Agosto de 2005

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICO-SOCIALES

Director: Alberto J. Olvera Rivera

CUADERNOS DE TRABAJO

Editor:

Feliciano García Aguirre

Comité Editorial:

Joaquín R. González Martínez

Rosío Córdova Plaza

Pedro Jiménez Lara

Alfredo Zavaleta Betancourt

CUADERNO DE TRABAJO N° 23

© Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

Universidad Veracruzana

Diego Leño 8, Centro

Xalapa, C.P. 91000, Veracruz

ISSN 1405-5600

Viñeta de la portada: Luis Rechy (†)

Corrección: Guadalupe Paéz

Cuidado de la edición: Job Hernández Rodríguez

Agosto de 2005

Impreso en México

Nacionalismo, nación y continentalismo en América Latina

RAFAEL CUEVAS MOLINA

Cuadernos de trabajo

Instituto de investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana

Presentación

Rafael Cuevas Molina es guatemalteco de nacimiento y costarricense por adopción. Es autor de varias obras, entre las que destacan *Vibrante corazón* (1998), *Al otro lado de la lluvia* (1998), *Los rostros de mi deseo* (2002), *Pequeño libro de viajes* (2003), *Recuerdos del mar* (2004). Además de escritor Rafael es un pintor talentoso de los que pintan lo que no pueden narrar. Recientemente obtuvo su Doctorado en Ciencias Históricas por la Universidad de la Habana, Cuba, lo que sin duda enriquecerá sus labores como profesor de la Universidad de Costa Rica.

El presente ensayo adelanta pasos en torno a una viva discusión que atañe varios campos cultivados por los científicos sociales: el problema del Estado-Nación y las identidades nacionales. La globalización neoliberal animó las discusiones en torno al Estado-Nacional a instancias de los procesos de desmembración, reunificación e integración de varias naciones europeas, de los que Nuestra América como construcción histórica no ha sido ajena. Desde la formación de los estados nacionales el síndrome de unión y desunión ha estado presente debido a la presencia imperialista y las formas coloniales de dominación. Cuevas Molina nos ofrece sus apreciaciones al respecto vinculándolo con otros de los complejos problemas contemporáneos de raigambre historicista: la identidad, la identidad nacional y la identidad latinoamericana. Damos pues la bienvenida a este joven talentoso intelectual latinoamericano, en este número de *Cuadernos de Trabajo*.

FELICIANO J. GARCÍA AGUIRRE

Consideraciones preliminares

Walter Bagehot presentó la historia del siglo XIX como la historia de la «construcción de las naciones».¹ Inscrito en una visión eurocéntrica dominante, Bagehot se refiere a los procesos que iniciaron en Europa durante el siglo XVIII y cristalizaron en el XIX, con la creación de los modernos estados nacionales europeos. La comprensión del fenómeno nacional tiene un historial largo y no exento de contradicciones. Todavía durante los años 50 del siglo XX, Carlton Hayes y Hans Kohn (a quienes algunos han llamado los «padres fundadores gemelos» del estudio académico sobre el nacionalismo), situaban sus trabajos en el campo de la historia de las ideas políticas.

Se suponía que el fenómeno peculiar del mundo contemporáneo había sido el surgimiento de la conciencia del hecho nacional y de los derechos políticos derivados del mismo. Por debajo de ello latía la presunción de que la humanidad se había hallado siempre dividida de manera natural en pueblos o naciones; la nación era lo «natural», el dato previo, y el Estado lo artificial, la creación humana. Esta concepción conducía a una propuesta obvia: sólo la adecuación de las fronteras estatales a las «realidades» étnicas evitaría, a largo plazo, conflictos enconados y potencialmente violentos.

Fueron los sociólogos, más que los historiadores, los que iniciaron nuevas vías de exploración. Karl Deutsch, en *Nationalism and Social Communication* relacionó el surgimiento del sentimiento nacional con los procesos de comunicación social desarrollados a partir de la modernización, y en particular con las sociedades que, tras haber sufrido barreras comunicativas con el exterior, entraron en contacto con otras debido a

¹ Walter Bagehot: *Physics and politics*. Londres, 1887, pp. 20-21.

procesos de urbanización, industrialización o conquista militar, y tomaron conciencia de sus diferencias culturales.²

Elie Kedourie cooperó en la renovación de los estudios sobre el fenómeno, explorando el planteamiento tradicional sobre la dificultad de determinar los ingredientes cruciales que componían las identidades nacionales: raza, lengua, religión, territorio, pasado histórico común. Los estados —afirmaba Kedourie— se cuidaban de contar con la confianza de la población para asegurar su legitimidad, mediante una constante tarea de educación de la voluntad colectiva, es decir, imprimiendo en los ciudadanos, desde la más tierna infancia, la identidad nacional y, con ella, el deseo de ser miembros de la entidad política que la representaba.³

Un sentimiento que debía ser inculcado no podía considerarse «natural», y si el encargado de inculcarlo era el Estado, las naciones no precedían al Estado, sino a la inversa. Más aún: no sólo los estados antecedian a las naciones, sino que, como escribió Immanuel Wallerstein años más tarde, eran un prerrequisito ineludible para el surgimiento de éstas; en síntesis, lo político precedía a lo étnico.⁴ Anthony Smith, quien publicó en 1971 el primero de sus libros sobre el tema, también insertó el fenómeno nacional en el proceso de modernización. Según este autor, se trataría de una respuesta de las élites culturales ante la contradicción entre las identidades culturales y la cosmovisión religiosa tradicional, por una parte, y el Estado «científico» o moderno, por otra.⁵

Esta conexión entre nacionalismo y modernización fue la que exploró Ernest Gellner, cuyo modelo tenía un carácter monocausal: el nacionalismo sería un producto directo de la industrialización y la modernización; los estados, y las élites dirigentes habrían encontrado en el nacionalismo el instrumento que facilitara el crecimiento económico, la integración social y la legitimación de la estructura de poder, con lo que la sociedad entera se habría organizado en torno a la cultura nacional. Así pues, el nacionalismo no era sólo una «invención» —término usado por Kedourie, y consagrado

² Karl, Deutsch: *Nationalism and Social Communication*. Cambridge, MIT Press, 1954.

³ Elie, Kedourie: *Nationalism*. Londres, Hutchinson, 1961.

⁴ Immanuel Wallerstein: *Historical Capitalism*. Londres, Verso, 1983; también: *The Modern World-System III: The Second Great Expansion of the Capitalist World Economy (1780-1940's)*. San Diego, Academic Press, 1989.

⁵ Anthony Smith: *Theories of Nationalism*. Londres, Duckworth, 1971.

más tarde por Eric J. Hobsbawn⁶—, sino una invención interesada, funcional, consecuencia de, y respuesta a un cambio estructural en la función de la cultura.

Lógicamente, lo anterior llevaba a explorar la construcción del nacionalismo como proceso histórico-cultural. Y esto fue lo que hizo, a comienzos de los ochenta y también desde Inglaterra, el antropólogo Benedict Anderson. Para éste, el nacionalismo se relacionaba con procesos de interacción y comunicación social, pero mucho antes de la revolución industrial. Serían fenómenos tan antiguos como la invención de la imprenta y la Reforma protestante los que habrían posibilitado la creación de nuevas identidades colectivas —comunidades «imaginarias», según su afortunada expresión— mucho más amplias que las anteriores.

No todas estas líneas de investigación apuntaban en la misma dirección, pero si coincidían en algunos rasgos: en primer lugar, todas tendían a relativizar el nacionalismo, a reducir su lugar en la historia humana. La segunda contribución de las nuevas investigaciones se relaciona con la artificialidad de las identidades nacionales. Como escribió James Anderson en 1986, «las naciones han sido creadas, y creadas en una época más o menos reciente, por el nacionalismo y los nacionalistas».⁷

Los sentimientos nacionales, lejos de surgir espontáneamente, son inculcados intencionadamente con un propósito político, bien sea por el Estado o por las élites políticas. Un proceso de etnización habría implicado la invención de banderas y fiestas nacionales, himnos patrios, ceremonias y ritos colectivos. Los estudios sobre estos procesos (llamados *nation building processes*) trataron de mostrar que sólo las entidades que supieron llevar a cabo tal proceso con éxito lograron sobrevivir.⁸ La mayoría de los autores mencionados hasta ahora se incluyen en la escuela modernista, también llamada, en ocasiones, instrumentalista o constructivista, y ponen énfasis en el carácter construido o

⁶ Principalmente en Eric J. Hobsbawn: *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica, 1990.

⁷ James Anderson: «Rethinking national problems in a transnational context», in D. Miller (ed.): *Rethinking Northern Ireland*. London, Addison Wesley Longman, 1998, p.32.

⁸ Respecto a los casos europeos, fueron importantes trabajos como los de Eugen Weber para la Francia de la Tercera República (el proceso de conversión de los «campesinos» en «franceses», principalmente por medio de la educación estatal y el servicio militar obligatorio), los de Eric Hobsbawn para la Inglaterra victoriana (la «invención» de la tradición), y los de Georg Mosse para la «nacionalización de las masas» en la Alemania que se inició con Bismarck y desembocó en el nazismo.

artificial del fenómeno nacional. Frente a ellos se alzan los «primordialistas», que insisten en la importancia de los rasgos étnicos.

Las referencias a América Latina en los análisis de este tipo resultan escasas o marginales, aunque algunos teóricos no dejan de mencionar la importancia de los procesos que tuvieron lugar en América, en torno a dinámicas relativas a la independencia frente a los imperios ibéricos; ejemplo de ello son E. J. Hobsbawm, con su estudio clásico *Naciones y nacionalismo desde 1780*, y Benedict Anderson, con *Comunidades imaginadas — reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Anderson dedica un capítulo a «los pioneros criollos» que se dieron a la tarea de construir naciones modernas en Latinoamérica, cuando en Europa aún prevalecían formas monárquicas de organización social.

Existen algunas ideas que podrían derivarse de estos estudios, y tendrían especial relevancia para el abordaje del caso latinoamericano, en función de sus peculiares características históricas. De manera sumaria, puntualizaremos algunas que nos parecen fundamentales para el presente trabajo:

1. Cuando hablamos de nación, nos referimos a formaciones sociales que pertenecen a un período concreto y reciente; se trata del Estado-nación moderno, lo que quiere decir que existe a partir de una determinada etapa del desarrollo tecnológico y económico.
2. A partir del estudio ya mencionado de Benedict Anderson, se tiene conciencia de que la nación es, en buena medida (aunque no exclusivamente), un «artefacto», una «invención».
3. Mas, aunque en buena medida es «invención», existe una base material que dicta las condiciones y los requisitos políticos, técnicos, administrativos, económicos y de otro tipo para su construcción.
4. El nacionalismo antecede a la nación, por lo que puede ser entendido como una estrategia para la construcción de la nación.
5. La nación es un fenómeno dual, en la medida en que se construye desde arriba (con el concurso del aparato del Estado), pero que sólo puede ser viable si toma en

cuenta las esperanzas, necesidades, anhelos e intereses de la población, es decir, si alcanza legitimidad.

Como se verá más adelante, para el caso latinoamericano hay tomar en cuenta otra dimensión, que tiene que ver con la condición específica, colonial y neocolonial del subcontinente, para cuyo tratamiento son de gran importancia los puntos de vista mencionados acerca del marxismo y el leninismo.

Probablemente uno de los conceptos con mayor potencial heurístico es el que entiende a la nación (cultural) como algo que, en buena medida, se construye o se inventa, pues nutre su concepción de comunidad «imaginada». Es mérito de Anderson el haber puesto en circulación esta forma de entenderla. En relación con las ciencias de la historia, ubicaríamos estas preocupaciones de Anderson en el contexto de aquellas posiciones que consideran que el conocimiento histórico es, de alguna manera, una construcción del pasado desde los intereses del presente. En este sentido, el historiador selecciona del pasado aquello que en su criterio es significativo, acción cognitiva marcada por una dimensión subjetiva sobredeterminada por las condiciones «desde donde se ve»⁹.

El sociólogo inglés Raymond Williams introduce esta noción respecto de la forja de una tradición erigida a partir de un pasado significativo.¹⁰ Dice al respecto:

A partir de un área total posible del pasado y el presente, dentro de una cultura particular, ciertos significados y prácticas son seleccionados y acentuados, y otros significados y prácticas son rechazados y excluidos. Sin embargo, dentro de una hegemonía particular, y como uno de sus procesos decisivos, esta selección es presentada con éxito como 'la tradición', como 'el pasado significativo'¹¹.

⁹ Las condiciones de orden material.

¹⁰ Raymond Williams: *Marxismo y literatura*. Oxford, Oxford University Press, 1980, p. 138. Son también interesantes las posiciones del francés Paul Ricoeur, ampliamente desarrolladas en *Relato y ficción*. México, Dos Filos Editores, 1994.

¹¹ En el mismo sentido, Ernest Renan dice que «Interpretar mal la propia historia forma parte del ser de una nación». Véase: *¿Qué es que c'est une nation?* pp.7-8.

Por lo tanto, es también una «ingeniería social» (en buena medida inventada, imaginada) de los intelectuales que contribuyen a la legitimación de un proyecto social determinado.¹²

El nacionalismo sería, entonces, una forma de legitimar y mantener el poder, una especie de falsa conciencia que se imagina como proyecto por construir, para lo cual se inventa un pasado (evidenciando unos hechos, procesos y fenómenos, y devaluando, opacando, redimensionando otros). Esto nos autoriza a hablar de una construcción artificial que adquiere legitimidad a través de acciones y mecanismos puestos en marcha por el aparato de Estado que, de esa forma, estructura y legitima una identidad nacional de índole oficial.

Como parece desprenderse de lo anterior, estas posiciones le otorgan un mayor espacio a la dimensión subjetiva a la hora de pensar y entender los fenómenos históricos en general, y la problemática de la nación y el nacionalismo en particular. La nación no sería solamente, por lo tanto, un producto del desarrollo «natural» de la sociedad (burguesa, en este caso), en el que los factores de carácter subjetivo y cultural tendrían más un lugar epifenoménico, sino que estos últimos jugarían un papel de primer orden.

Ahora bien, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de imaginar la nación? Siguiendo a Anderson, la nación se puede entender como «una comunidad política imaginada, inherentemente limitada y soberana»¹³. Es «imaginada», dice, porque: «aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los conocerán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión».¹⁴

Y es tan imaginada como limitada porque «ninguna nación se imagina a sí misma como coextensiva a la humanidad»¹⁵, y es soberana porque «el concepto surgió en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban erosionando la legitimidad de los reinos dinástico-jerárquicos, que se suponían divinamente ordenados».¹⁶ Y, finalmente, «es

¹² Eric J. Hobsbawm: *op. cit.* p. 18.

¹³ Eric J. Hobsbawm: *op. cit.* p. 23.

¹⁴ *Ibidem.*

¹⁵ *Ibid.* p.24.

¹⁶ *Ibid.* p.25.

imaginada como una comunidad porque independientemente de la desigualdad actual y de la explotación que pueden prevalecer en su seno, la nación se concibe siempre como una profunda camaradería horizontal».¹⁷

En el perfil de esta dimensión imaginaria de la nación juega un papel central el Estado, como vehículo e instrumento privilegiado de intereses de clase que, precisamente por estar asociados a él, cuentan con los medios para volver hegemónica su visión de mundo.¹⁸ Lograr consenso y legitimación respecto de ella constituye una tarea central del Estado en el siglo XIX, con el fin de impulsar el proyecto económico, social y político de la modernización. Esta tarea debe entenderse como una *construcción*, en el sentido de que: 1) debe estructurarse coherentemente como discurso, 2) debe institucionalizarse y 3) debe inculcarse.

Se estructura coherentemente como discurso a través de intelectuales que arman una visión del pasado que le da sentido al presente y al proyecto de futuro. Esta visión cristaliza y adquiere materialidad en determinados espacios sociales: deben crearse museos, bibliotecas, instituciones educativas, etc., que colaboren (unos más otros menos, unos en unos sectores sociales, otros en otros) para inculcar el nacionalismo (oficial) en amplios sectores de la población. En este sentido, la institución educativa juega un papel central.

¹⁷ *Ibid.* Es interesante cómo esta observación remite a que la idea de nación puede asimilarse a la de una falsa conciencia.

¹⁸ En el sentido de Antonio Gramsci. Hugues Portelli afirma: «El aspecto esencial de la hegemonía de la clase dirigente reside en su monopolio intelectual, es decir, en la atracción que sus propios intelectuales suscitan entre las otras capas intelectuales», y cita al Gramsci del *Risorgimento*, quien apunta ahí que «los intelectuales de la clase históricamente (y desde un punto de vista realista) progresista, en las condiciones dadas, ejercen una tal atracción que acaban por someter, en último análisis, como subordinados, a los intelectuales de los demás grupos sociales...». Véase: *Gramsci y el bloque histórico*. México, Siglo Veintiuno Editores, 1979 (6ª ed.), p.71.

El caso latinoamericano

A diferencia de Europa, donde la lengua jugó un papel central en los procesos de unificación ideológica que condujeron a la nación, podemos conjeturar por sus características inherentes en América Latina¹⁹ que fueron tres factores los que permitieron crear las condiciones materiales y subjetivas para su construcción: la herencia colonial, que permitió la conformación de vínculos protonacionales; la presencia del capital mercantil, que hizo posible crear espacios unificados bajo su égida, y el Estado, a través del cual se impulsó una «nacionalización coercitiva».²⁰

Las necesidades de los grupos sociales aglutinados en torno a las ideas liberales no explican, por sí solas, que nuevas entidades fueran posibles en el terreno emocional y viables en el político. Estas se levantaron sobre el andamiaje predispuesto por el pasado colonial; varios autores se han referido a este legado, coincidiendo en algunos puntos destacables para el caso que nos ocupa.

En primer lugar, el señalamiento de que las antiguas unidades administrativas presagiaban los nuevos estados. La vastedad del territorio latinoamericano y la dificultad de las comunicaciones en una época preindustrial, condicionaron cierta incomunicación que

¹⁹ Un análisis complementario al nuestro, que toma en cuenta los elementos constitutivos de la nacionalidad en América, es el de Alberto Prieto: «La nacionalidad en Nuestra América», en Casa de las Américas. La Habana, números. 7, 9 y 10, 1978. En él se examina la dinámica histórica, las formas de organización y de asociación colectivas de los antiguos habitantes de América, de los africanos trasladados como fuerza de trabajo esclava y de los europeos, en su expresión cultural ibera. Emparentado con este abordaje, pero realizado muchos años después, el ensayo de Carlos Fuentes, *El espejo enterrado* (1992), abunda en la misma dirección.

²⁰ Nos parece que el concepto de nacionalización coercitiva, acuñado por Ricaurte Soler, permite identificar el rasgo característico dominante de la construcción «desde arriba» del nacionalismo latinoamericano. Véase *Idea y cuestión nacional latinoamericanas —de la independencia a la emergencia del imperialismo*. México, Siglo Veintiuno, 1980, p.17.

llevó a conferirles un carácter autónomo a cada una de las futuras unidades. Debe recordarse, también, que las políticas comerciales de Madrid convertían las unidades administrativas en zonas económicamente separadas.²¹ Estas separaciones fueron creando vínculos y sentimientos protonacionales, es decir, estableciendo significados asociados a la tierra, la naturaleza, las calidades humanas, etc.²²

Es importante señalar, por otra parte, el relativamente temprano deslinde —remarcado al inicio por la metrópoli colonial— entre españoles peninsulares y españoles americanos. Estos últimos se empeñaron en demostrar que no eran españoles «de segunda», en nada diferentes a los de la península. Aunque el reclamo se refirió, en un principio, a la posibilidad de acceder a prebendas materiales, éste fue dejando paso, poco a poco, a una reivindicación del criollo como tal, y a su americanidad.²³ Debe enfatizarse que esta «americanidad» (en este caso, atribuida al criollo) tuvo matices y expresiones diversas, en función del sector de clase o del momento histórico.

A decir de Ricaurte Soler, esta designación de «españoles americanos» encubre, en realidad, a «un bloque de clases sociales emergentes»²⁴ que se encontraban fuertemente limitadas por el pacto colonial; de acuerdo con éste, los 200 mil peninsulares esparcidos a lo largo del continente controlaban, efectivamente, el aparato burocrático-administrativo y el comercio, sustancialmente monopolizado. La expansión mercantil de finales del siglo XVIII, continúa Soler, los implicó, por un lado, afectando los factores de acumulación y, por

²¹ Las unidades administrativas americanas eran delimitadas, hasta cierto punto, en forma arbitraria y fortuita. Las consecuencias que esta situación provocó, hasta nuestros días, y que se expresan en la conformación de los estados nacionales en el siglo XIX, fueron, algunas veces, catastróficas. Etnias separadas, usos irracionales del suelo, imposibilidad de conformar, en algunos casos, verdaderos estados nacionales (como en el caso de Guatemala, Ecuador y Bolivia, por ejemplo) son secuelas de esta situación.

²² En Centroamérica, es interesante el análisis que de este tipo de sentimientos hace el historiador guatemalteco Severo Martínez Peláez en *La patria del criollo; ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca* (San José, Editorial Universitaria Centroamericana –EDUCA–, 1972), en el que se analiza «La Recordación Florida de Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán».

²³ Véase el análisis que hace al respecto Bernard Lavallé en «Americanidad exaltada/hispanidad exacerbada: contradicciones y ambigüedades en el discurso criollo del siglo XVII peruano», en Catherine Popupeny Hart y Albino Chacón (editores): *El discurso colonial: construcción de una diferencia americana*. Heredia, Editorial Universidad Nacional –EUNA–, 2002, pp. 17-36.

²⁴ *Ibid.* p. 39.

otro, los nuevos puertos abiertos al comercio ultramarino desarticularon los canales de circulación de interhispanoamericanos, fraccionando el continente.

Entonces, dice Halperin Donghi, «comienza la fragmentación del área económica hispanoamericana en zonas de monocultivo que terminarán por estar mejor comunicadas con su metrópoli ultramarina, que con cualquier área vecina».²⁵ Dentro de este bloque debe contabilizarse también a la aristocracia terrateniente, fuertemente afectada por la *Real Cédula de consolidación para la venta de bienes pertenecientes a obras pías*, de 1804, que les hizo perder sus bienes o aumentar sus deudas, y la mencionada por Ricaurte Soler llamada *pequeña burguesía urbana y rural*, lo mismo que un amplio espectro de capas medias que veían posibilidades reales de ascenso social y político en la estructuración de estados independientes de la metrópoli. Tales son los elementos sociales que cubría la designación de españoles-americanos y, siempre según Soler, es ésta la raíz de la cual emerge, en primera instancia, el concepto *nacional* de lo hispanoamericano.²⁶

En lo político, parte sustantiva del bloque social al que aludimos asumirá la ideología democrático-liberal que se convertirá en el instrumento de denuncia y descrédito del absolutismo monárquico de los peninsulares.

Como apunta R. Soler, «El Estado nacional fue [...] la condición necesaria, el espacio histórico ineludible para el desarrollo del capitalismo».²⁷ En América Latina, los Estados nacionales se formaron en conjunción con los orígenes de formas de organización social de rasgos capitalistas, las cuales minaron y modificaron formas anteriores. En este proceso, la creciente presencia del capital mercantil a través de una política mercantilista es, en buena medida, el resultado de una voluntad histórica (también históricamente condicionada). En este sentido, afirmamos con R. Soler que: «No es, en modo alguno, ni el resultado predeterminado por las contradicciones internas [...], ni la consecuencia automática, fatal, originada en el seno de una nueva distribución de los factores de producción. Es sí, elementalmente, el resultado de una práctica histórica».²⁸

²⁵ Tulio Halperin Donghi: *Historia contemporánea de América latina*. Madrid, Alianza Editorial, 2000 (14ª ed.), p. 19.

²⁶ Ricaurte Soler : *op. cit.* p. 40.

²⁷ *Ibid.* p. 16.

²⁸ *Ibid.* p. 14.

El impulso y desarrollo del mercantilismo «desde arriba» convocó al incremento de los regionalismos que, más tarde, habrían de reforzar y ayudar a perfilar los límites físicos e imaginarios de las nuevas unidades en las que se dividiría América Latina. El pacto colonial, laboriosamente madurado en los siglos XVI y XVII, comienza a transformarse en el siglo XVIII. Influye en ello la decisión de la metrópoli de asumir un nuevo papel frente a la economía colonial, cuya expresión legal son las reformas del sistema comercial introducidas entre 1778 y 1782, que establecen el comercio libre entre la Península y las Indias. Estas reformas implicaron, por una parte, la admisión de que el aporte de las colonias no tenía que ser solamente en metálico y, por otra, el descubrimiento de las mismas colonias como mercado consumidor. Es posible afirmar pues, con Halperin, que el contacto directo con España fortaleció un proceso de fragmentación del área económica hispanoamericana.

La integración «protonacional» debe asociarse, también, con otras dinámicas. En los casos de los virreinos mexicanos y peruanos, por ejemplo, la producción de plata conformó un vasto espacio económico, poniendo en relación territorios distantes entre sí por miles de kilómetros. Gracias a la circulación de la mercancía-dinero, se desarrollaron diversas producciones locales orientadas al abastecimiento de centros mineros y ciudades, por lo que se creó una interdependencia y comunicación interregional. Las capitales de México y Lima lograron establecer su dominio sobre enormes extensiones. El control urbano sobre las provincias adquirió un carácter mercantil, pues desde estas ciudades se financiaba la producción local y se comercializaban los artículos producidos.

Los factores de unificación espontáneos, presentes en el capital mercantil, no bastaron, muchas veces, para consolidar la unificación nacional, por lo que es necesario precisar el papel jugado por la coerción estatal como agente nacionalizador por excelencia. Este papel de «fabricador de naciones» —según expresión de Walter Bagehot, utilizada por Eric Hobsbawm— es especialmente evidente en las naciones construidas en Europa después de la Revolución Francesa, como es el caso de la italiana por ejemplo, si atendemos — como señala R. Soler— que al lograrse la unificación de Italia en 1860 sólo el 2.5 por ciento de sus habitantes hablaban realmente italiano para los fines ordinarios de la vida.²⁹ Se trata de una «fabricación» (construcción), si consideramos que todo el aparato estatal,

²⁹ Eric Hobsbawm: *La era del capitalismo*, Vol. 1. Madrid, Guadarrama, 1977, p. 84.

desde el ejército hasta la educación nacional, se puso al servicio de la homogenización. Esta última se transformó en el agente nacionalizador más adecuado, sobre todo la educación primaria.

Entender al Estado en esta tesitura implica abandonar la noción imprecisa y abstracta según la cual la fragmentación nacional latinoamericana provendría principalmente de su «inserción en el mercado mundial». Existió, por el contrario, un proyecto (con expresiones particulares en todo el continente), que reconocía que era en la ciudad, y no en el campo, donde se encontraban los elementos fundamentales para la cohesión del estado nacional. Organizar desde el Estado una nación todavía sin desarrollo capitalista es la paradoja a la que se asiste en América Latina con el proyecto liberal cuyo objetivo fundamental fue, entonces, mover al Estado con dirección a este tipo de desarrollo. El esfuerzo será realizado y se concretará, con todos sus límites y falencias, hacia finales del siglo XIX, cuando se cuenta ya con sociedades secularizadas y estados nacionales distintos a los que existieron con anterioridad a las reformas liberales.

De lo anteriormente expuesto se deslinda el papel fundamental del Estado en aquel proceso que hemos denominado «de invención-construcción» de la nación. En el sentido ideológico-cultural que interesa a este estudio, se trata más bien de la dinámica a través de la cual son creadas las condiciones subjetivas que podemos aglutinar y caracterizar bajo la denominación de nacionalismo. Nos estamos refiriendo a la construcción de lo que podríamos llamar la nación «cultural» (a diferencia de la nación «política») que «tendería a acentuar los rasgos más emotivos y comprometidos, menos acordes con una lógica instrumental, en coherencia todo ello con el modo de concebir la nación como objetivo en sí mejor que como artefacto al servicio de la vida política».³⁰

La nación y el nacionalismo, entendidos como resultado de un proyecto impulsado por sectores sociales que detentan el poder estatal o se asocian a él, implica la identificación de los elementos dinamizadores de tal proceso. En América Latina, tales «elementos dinamizadores» de la nación cultural fueron ciertos grupos de intelectuales decimonónicos positivistas (que en cada país de América Latina fueron y son fácilmente reconocibles: el Grupo de Los Sabios en México, del Olimpo en Costa Rica, entre otros); éstos se

³⁰ Andrés Blas Guerrero: *Enciclopedia del nacionalismo*. Madrid, Tecnos, 1996, p.13.

comportaron como verdaderos «intelectuales orgánicos»,³¹ ayudando no solamente a impulsar sino también a concebir el proyecto de nación por construir. Dichos intelectuales encuentran su correlato político en el liberalismo, del cual se sirven pero al cual, al mismo tiempo, sirven.

Al respecto, vale pena hacer una precisión. Hemos venido hablando de la nación y del nacionalismo, y mencionado sólo superficialmente que nos referimos al proyecto impulsado desde el Estado por sectores de clase que hegemonizan el proceso. Debemos aclarar, por lo tanto, que se trata del proyecto hegemónico de nación, del proyecto oficial, el que se construye desde arriba —como lo mencionamos anteriormente—, de manera un tanto coercitiva en la medida que «irradia»³² nacionalismo hacia el total de la población.

En América Latina, más que el liberalismo, es el positivismo el que construye o aspira construir el Estado nacional moderno, pero los positivistas latinoamericanos son también liberales, en su inmensa mayoría. En este sentido, el liberalismo es la expresión política que encuentra en el positivismo su correlato teórico para llevar adelante el problema de la construcción de la nación.³³ Vale apuntar, además, el carácter heterogéneo del liberalismo y de las diversas tendencias que se mueven a su interior, las cuales le confieren esa elasticidad que le permite situarse en su ala derecha cerca de los conservadores, y en su ala izquierda en posiciones demo-liberales que rozan posturas socialistas. Al encontrar en el positivismo una ideología sobre el progreso y la modernidad, sustentada en la evolución y el orden —ideología que además se proyecta como anticlerical

³¹ Nuevamente en el sentido de Gramsci, para quien los intelectuales no constituyen una clase propiamente dicha, sino grupos ligados a las diferentes clases: «no existe una clase independiente de intelectuales, sino que cada grupo social tiene su propia capa de intelectuales o tiende a formársela». Véase: *El «Risorgimento»*. Buenos Aires, Granica (col. Hombres del Tiempo), 1974, p. 71. El vínculo entre el intelectual y la clase es «particularmente estrecho, orgánico, cuando el intelectual proviene de la clase que representa. Esto es válido, especialmente, para el caso de las capas superiores de intelectuales». *Cfr.* Hugues Portelli: *op. cit.* p. 95.

³² Este nos parece otro concepto sugerente utilizado por Ricaurte Soler. *Op. cit.* p.26.

³³ Dice al respecto Juan A. Oddone: «Ideales y creencias se edificaron sobre los conceptos de la razón, el individuo, el progreso, la libertad, la naturaleza y el endiosamiento de la ciencia. El fondo ético, esencialmente utilitario que sustentaba aquel tipo de filosofía, se adecuó perfectamente a la manera de pensar de la sociedad burguesa de todo el continente». Véase: «Racionalismo y nacionalismo», en *América Latina en sus ideas* (Coordinación e introducción de Leopoldo Zea). México, Siglo XXI/UNESCO (Serie América Latina en su cultura), 1986, pp. 223-224.

en el contexto latinoamericano—, una parte del liberalismo la hace suya y la eleva a la condición de ideología oficial o de Estado.

El proyecto oficial de nación conoció distintos grados de éxito en América Latina. En países como Uruguay y Costa Rica, por ejemplo, donde existió una mayor homogeneidad étnica, y donde las diferencias de clase no constituyeron una barrera infranqueable para la existencia de valores sociales compartidos, fue posible que floreciera un nacionalismo que le otorgó cohesión al proyecto nacional de carácter oficial. Pero ahí donde otros valores no asociados a lo oficial (y, a veces, contrarios a ello) continuaron teniendo vigencia, como son los casos de los países con fuerte presencia indígena (en Centroamérica, Guatemala por ejemplo), el nacionalismo oficial fracasó, en buena medida, y se vio imposibilitado a «conformar una nación homogénea de ciudadanos»,³⁴ dando pie a la formación de una estructura social escindida en la que conviven, por lo menos, dos naciones, una de las cuales se erige como dominante y opresora de la otra.

Esta imposibilidad de construir un imaginario nacionalista, compartido por todos los grupos e individuos que viven en el marco del Estado, muestra cómo la nación imaginada solamente puede construirse ahí donde existen, o se crean, condiciones materiales que la sustenten.³⁵ Como bien dice E. Hobsbawn refiriéndose al «llamado Tercer Mundo», en estos casos no se da la transición entre la fase en la que existe un «conjunto de militantes de la ‘idea nacional’» y la siguiente, a saber, aquella en la que «los programas nacionalistas obtienen el apoyo de las masas, o al menos el apoyo de las masas que los nacionalistas siempre afirman que representan».³⁶

Esta situación es patente en el caso guatemalteco. Arturo Taracena Arriola nos recuerda que, ya en 1970, Carlos Guzmán Böckler se preguntaba «¿Por qué el ladino de Guatemala no ha sido capaz de participar en un nosotros los guatemaltecos que abarque por igual a todos los pobladores del país?». Guzmán Böckler apuntaba la hipótesis de que tal

³⁴ Marta Casaus: «La creación de nuevos espacios públicos en Centroamérica a principios del siglo XX: la influencia de redes teosóficas en la opinión pública centroamericana», en Quijada, Mónica y Bustamante, Jesús (editores): *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo Ibérico (siglos XVI-XIX)*. Madrid, CSIC, 2002, p. 327.

³⁵ O, como dice Hobsbawn, hasta que no se ha alcanzado «una determinada etapa del desarrollo tecnológico y económico». *Op. cit.* p.18.

³⁶ Eric Hobsbawn: *Ibidem.* p.20.

vez porque el *nosotros* carece de existencia real, debido a que una considerable cantidad de personas no ladinas (indígenas en su gran mayoría) no sentía vinculación alguna, o si la sentía era débil respecto a las nociones de Guatemala y los guatemaltecos.³⁷

Como indica Taracena Arriola, los recientes estudios históricos sobre el siglo XIX guatemalteco señalan la existencia de una línea de acción abiertamente tutelar —y, por ende, fuertemente segregadora— por parte del Estado conservador entre 1830 y 1871, lo cual afectó directamente la experiencia ciudadana, haciendo surgir una «ciudadanía diferenciada» para los indígenas, en el marco de una sociedad étnicamente tripolar, es decir, conformada por criollos, ladinos e indígenas. Esta constituyó la realidad a la cual se enfrentaron los gobiernos liberales, a partir de su llegada al poder con la revolución liberal de 1871, y no la cortaron sino que la disfrazaron con un discurso constitucional lleno de universalidad, pero empedrado de decretos y reglamentos que lo justificaban en la práctica.³⁸

Con el tiempo, el criollo fue asimilado al ladino, transformando a Guatemala en una nación bipolar. Así, desde finales del siglo XIX y hasta el presente, la ideología étnica oficial «ha construido un imaginario del ser guatemalteco en torno a la figura del no indígena y donde el indígena es visto como sinónimo de atraso, razón por la cual el Estado guatemalteco continúa hasta hoy articulando políticas basadas en la segregación y la asimilación sin tener clara conciencia de ello».³⁹ En síntesis, independientemente del éxito o fracaso del proceso de construcción de la nación, y de una ideología nacionalista asociada a ella, el Estado debe entenderse como uno de sus artífices centrales.

Al estar estructurada la sociedad en grupos cuyos roles e intereses difieren en la dinámica social, existen distintos proyectos de nación (unos más sistematizados que otros),⁴⁰ también dinámicos e históricamente cambiantes; éstos establecen diversos tipos de

³⁷ Arturo Taracena Arriola (con colaboración de Giselle Gellert *et al*): *Etnicidad, estado y nación en Guatemala, 1808-1944*. Guatemala, Nawaj Wuj, 2002, p. 23.

³⁸ Arturo Taracena Arriola: *Invención criolla, sueño ladino, pesadilla indígena. Los Altos de Guatemala: de región a Estado, 1740-1871*. Antigua Guatemala, CIRMA (2ª ed.), 2000.

³⁹ Taracena A.: *Etnicidad, estado...Op cit.* p.36.

⁴⁰ Omar Díaz de Arce distingue, para el período de la independencia, entre «tres grandes tendencias que se fueron delineando [...]: la liberal-moderada, la liberal republicana —en sentido estrecho, bolivariana— y la

nexos y relaciones entre sí. De tal manera podemos hablar, por ejemplo, de un nacionalismo liberal democrático (demoliberal le hemos llamado líneas arriba), con un amplio contenido crítico, que se perfilaría en función de las complejas relaciones del liberalismo democrático con los movimientos radicales (anarquistas, socialistas y comunistas), así como con los antiimperialistas (en América Latina, desde mucho antes del movimiento descolonizador de Asia y África en los años sesenta del siglo XX).⁴¹ Este nacionalismo democrático-crítico se diferenciaría e incluso se opondría a otro, que llamaremos tradicional, que en América Latina fue construido por intelectuales positivistas asociados con fuerzas liberales tradicionales que armaron los proyectos nacionales dominantes, hegemónicos, cuyos rasgos y valores prevalecen incluso hasta nuestros días y que corresponden a la dinámica expuesta en el apartado anterior.

Como indica Seton-Watson, las relaciones entre estos distintos nacionalismos han sido, muchas veces, tensas y contradictorias: «en algunas ocasiones [...] el nacionalismo “oficial” se singulariza por su carácter reactivo ante lo que pueden ser considerados como nacionalismos populares»⁴² o, agregaríamos nosotros, vinculados a lo popular. Expresiones de estos nacionalismos, variados también y más o menos críticos, habrían florecido en América Latina sobre todo en los primeros treinta años del siglo XX, en el marco de la expansión económica y geopolítica de los Estados Unidos sobre el continente.

A estos nacionalismos, que se expresan a partir de la segunda mitad del siglo XIX, les antecede en el tiempo un *nacionalismo conservador*, en cuya base se encontraban fuerzas sociales favorecidas por las circunstancias posemancipatorias (predominio de sectores rurales tradicionales, retroceso de sectores artesanales golpeados por las importaciones inglesas, mantenimiento del *estatu quo* de las masas indígenas, fortaleza de la Iglesia y preeminencia de la casta militar). Tales fuerzas sustentaron el poder político en

democrático-radical». Véase: *Formación del Estado nacional en América Latina* (Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias Históricas —versión dactilográfica). La Habana, 1986, p. 66.

⁴¹ Como antecedente de este demonacionalismo, pueden citarse como referencias del período de la independencia «el radicalismo agrario de ciertos movimientos, sobre todo en México y el Río de la Plata [que] buscó desde el principio garantizar, más allá de la democratización formal, la democratización real de las relaciones sociales». *Ibid.* Esta tendencia «sólo sobrevivió a la independencia en Paraguay [y muy brevemente] en Haití». *Op. cit.* p. 68

⁴² Seton-Watson H.: *Nation and State*. Londres, Methuen, 1977.

México (Santa Anna), Argentina (Juan Manuel de Rosas), Chile (que logró consolidar un Estado nacional sobre bases conservadoras, además de convocar a importantes personalidades latinoamericanas, como Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento, entre otros) y Venezuela. El *nacionalismo conservador* tuvo numerosos ideólogos, entre los que destaca el mexicano Lucas Alamán, convencido de que la identidad de la nación mexicana y su cohesión dependían de la preservación del legado colonial y la fe católica.⁴³

Haciendo un análisis de las concepciones que él llama «continentalistas»⁴⁴, Jussi Pakkasvirta apunta un primer momento en su conformación, incluso antes del proceso emancipatorio, en la época colonial misma, cuando se expresaron posiciones que tenían como referente identitario unificador a toda Hispanoamérica, y no a estados-nación separados. Se trata de la otra cara de la moneda de aquellos valores protonacionales que anteriormente mencionamos, y que se originaban en las unidades administrativas del imperio español. Esta fase del continentalismo estaría caracterizada por la cultura y la mentalidad hispánicas, en un contexto en el que «España era el centro del mundo»⁴⁵.

Según Pakkasvirta, «los hispanos importaron el continentalismo a América con su idioma y con su modo de gobernar y producir»,⁴⁶ de modo que la idea de pensar de una manera continental sería un producto indirecto del colonialismo europeo. Siguiendo esta línea de pensamiento, el continentalismo sería anterior al nacionalismo centrado en un solo país. El autor sitúa la segunda fase del continentalismo «en los tiempos de la independencia», ubicando su origen en la idea bolivariana de unidad para formar «la más grande nación del Mundo»⁴⁷, ya que «durante los tiempos de Bolívar, la idea de la federación o de la unión política fue quizás más realista que nunca después».

⁴³ Omar Díaz de Arce: *op. cit.* pp.83-106.

⁴⁴ Se trata de aquellas ideas que tienen como referente a «la Patria Grande».

⁴⁵ ¿Un continente, una nación? *Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)*. Finlandia, Academia Scientiarum Fennica, 1997, p. 72.

⁴⁶ *Ibidem.* p.73.

⁴⁷ Simón Bolívar: «Carta de Jamaica», en *Tres documentos de Nuestra América*. La Habana, Casa de las Américas, 1979.

Efectivamente, la idea de una nación “continental” fue expresada claramente por Simón Bolívar:⁴⁸ Sin embargo, como indica Omar Díaz de Arce:

A pesar de sus denodados esfuerzos, Bolívar no consiguió crear una sólida superestructura institucional en los estados que fundó, ni fundirlos en una gran confederación americana, debido a que el orden político por él propuesto carecía de una base de sustentación real. Invariablemente, cuando los ejércitos bolivarianos se retiraban de una región, las clases dominantes locales se encargaban del poder. Entonces estallaba el conflicto entre el componente local y continental de la gesta emancipadora...⁴⁹

Las ideas bolivarianas de unidad continental habrían expresado otra vertiente, que no proviene de la herencia colonial sino, por el contrario, del esfuerzo emancipador. Como dice Marcos Kaplan, «El sentimiento y la idea de unidad latinoamericana surgen de la identidad cultural, del resentimiento contra el viejo amo y enemigo, del deseo compartido de aprovechar las oportunidades creadas o prometidas por la independencia».⁵⁰ Esta habría sido, sin embargo, una «integración superficial» puesto que se habría sustentado en «poblaciones no demasiado numerosas, dispersas, de escasa cultura y gran heterogeneidad, con élites dirigentes que niegan a las mayorías nacionales una participación real».⁵¹

Acudimos, en este caso, a la contradicción existente entre distintas expresiones identitarias, que forman parte de dinámicas económicas y políticas que han acertado a fortalecer o debilitar a unas u otras. De este modo se fortalecieron las tendencias que prefiguraban los estados nacionales del siglo XIX, merced a las políticas mercantilistas de España en el siglo XVIII, aunque también otras tendencias apuntaban en dirección distinta, es decir, fortalecían la idea de una nación continental. Sin duda, el antecedente más importante en este sentido debe buscarse, precisamente, en el hecho de que el territorio de

⁴⁸ «Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse». *Loc. cit.*

⁴⁹ Omar Díaz Arce: *op. cit.* p.81.

⁵⁰ Marcos Kaplan: *Formación del Estado nacional en América Latina*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1969, p. 130.

⁵¹ *Ibidem.* p. 131.

Hispanoamérica fuese eso: un territorio hispanizado, lo cual le confería un elemento unificador, identitario, único, lo que a la postre resultó tener menos peso que la tendencia disgregadora.

Evidentemente, en este proceso disgregador, fragmentador, intervinieron distintos factores, algunos de los cuales ya hemos comentado con anterioridad, y deben asociarse tanto con el pasado colonial como con las políticas mercantiles. Pero también deben tomarse en cuenta factores de otra índole, que conjuraban en contra no sólo de la conformación de una nación continental sino, también, de los distintos estados nacionales. Entre estos factores, de principal importancia es la existencia de poblaciones identitariamente no asimiladas a dichos proyectos. El caso de Guatemala ha sido presentado ya en este escrito, y puede ser considerado aquí también como un ejemplo en el sentido apuntado.

La defraudación de las expectativas de Bolívar respecto al Congreso Anfictiónico de Panamá (1826), y la separación de la República de Colombia en 1830 no implicaron, sin embargo, que se abandonaran totalmente en el siglo XIX los proyectos de unidad continental; Andrés de Santa Cruz, Francisco Morazán y Justo Rufino Barrios, por ejemplo, fueron protagonistas de proyectos en este sentido. Estos se inscriben en lo que Omar Díaz de Arce identifica como «la primera etapa de la organización nacional», momento en el cual el tema federalismo-centralismo ocupó «un lugar cimero en la disputa liberal-consevadora». Lo que se discutía entonces, nos dice el autor cubano, «no era tanto la estructura formal del nuevo poder estatal como el establecimiento de un tipo de Estado capaz de crear las condiciones favorables para promover el desarrollo de la economía capitalista».⁵²

Un tercer momento de auge del continentalismo es el que se genera a partir de un nuevo momento histórico, signado por la expansión norteamericana sobre el territorio de América Latina, expansión física —a costa de las zonas geográficas más próximas a su territorio: México y el Caribe— y económica.⁵³ Esta situación originada en el nuevo

⁵² Omar Díaz Arce: *op. cit.* p. 189.

⁵³ Al inicio de *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Vladimir I. Lenin menciona la guerra hispano-americana como uno de los hitos que llevaron a caracterizar de imperialista «la época que atravesamos». *Cfr. Obras escogidas en doce tomos* (t. V). Moscú, Editorial Progreso, 1976, p. 381.

estadio de desarrollo del capitalismo en los Estados Unidos, planteó que la cuestión del nacionalismo y la nación se entendieran en relación con ese fenómeno. Como indica Sergio Guerra Vilaboy, «Los países latinoamericanos se desenvuelven desde fines del siglo XIX en un contexto histórico mundial caracterizado por la introducción del sistema capitalista metropolitano en el proceso de producción, y no sólo como se había hecho hasta entonces limitado a la esfera de la circulación».⁵⁴

La expresión política de esta expansión económica se concretó en el intento que originalmente, en el siglo XIX, pretendía impedir los vínculos de América Latina con Europa para hacer prevalecer el ingreso de los productos norteamericanos en los mercados latinoamericanos, lo que cristalizó en la Doctrina Monroe. En este contexto se inscribe un tipo de nacionalismo que tiene como referente a toda América Latina (es, por lo tanto, continentalista), *enfrentada* a la expansión de los Estados Unidos de Norteamérica (es, por lo tanto, antiimperialista).⁵⁵

Al igual que en el proceso de construcción del nacionalismo oficial, impulsado por intelectuales positivistas en el marco del proyecto político de los liberales, este nacionalismo continentalista y antiimperialista⁵⁶ será fomentado, principalmente, por grupos de intelectuales que, a finales del siglo XIX y principios del XX, fueron marginados o se automarginaron del campo cultural⁵⁷ dominado por los positivistas.

⁵⁴ Sergio Guerra Vilaboy: *Historia Mínima de América*. La Habana, Editorial Félix Varela, 2001, p. 203. Véase también: Arturo Ardao: «Panamericanismo y latinoamericanismo», en *América Latina en sus ideas. Op. cit.* pp. 157-171.

⁵⁵ Dice Juan A. Odonne: «Ciertos investigadores suelen aludir a dos edades del nacionalismo: la que transcurrió en el siglo XIX y la que surge en el XX. Hay quienes hasta cuestionan los vínculos entre una y otra por entender que se trata de movimientos de distinta naturaleza», en *Op. cit.* p. 229.

⁵⁶ Carlos Bosh García lo llama «nacionalismo defensivo». Véase: «Las ideologías europeístas», en *América Latina en sus ideas. Op. cit.* p. 258.

⁵⁷ Sobre el concepto de *campo cultural* dice Pierre Bourdieu: «a la manera de un campo magnético, constituye un sistema de líneas de fuerza»,⁵⁷ y agrega: «los agentes o sistemas de agentes que forman parte de él pueden describirse como fuerzas que, al surgir, se oponen y se agregan, confiriéndole su estructura específica en un momento dado del tiempo, [..., donde] cada uno de ellos está determinado por su pertenencia a ese campo [y donde] debe a la posición particular que ocupa en él propiedades de posición irreductibles a las propiedades intrínsecas y, en particular, un tipo determinado de participación en el campo cultural, como sistema de relaciones entre los temas y los problemas, y, por ello, un tipo determinado de inconsciente cultural [en el

Dos dimensiones acotaron este nacionalismo: la que se nutrió de la historia propia, en la cual se buscó la base de una nacionalidad que resistiera las intervenciones foráneas, y la que aspiró a la formación de una comunidad de naciones que originaran la fuerza necesaria para detener al imperialismo, remarcando especialmente la latinidad de su cultura. Dice Odonne: «Este nacionalismo surgió en toda América como respuesta al imperialismo estadounidense [...] Diversas formas de este nacionalismo antioligárquico y antiimperialista se hicieron sentir [...] hubo lugares] donde se enfrentaron con las fuerzas armadas y se produjeron figuras como la simbólica de Augusto César Sandino».⁵⁸

Existen, entonces, dos momentos claramente identificables en este proceso de construcción del nacionalismo y la nación en América Latina, a partir de la segunda mitad del siglo XIX. El que se inscribe en el contexto del proyecto de los liberales tradicionales en la segunda mitad del siglo XIX, y el que se edifica en el marco de la reacción frente a la creciente expansión del imperialismo norteamericano sobre América latina a inicios del siglo XX.

que] su poder no puede definirse independientemente de su posición en él». Véase: «Campo intelectual y proyecto creador», en Jean Pouillon *et. al.*: *Problemas del estructuralismo*. México, Editorial Siglo XXI (6ª ed.), 1975, p. 36.

⁵⁸ *Ibidem*.

Bibliografía

Anderson, Benedict: *Comunidades imaginadas —reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Anderson, James: «Rethinking national problems in a transnational context», in D. Miller (Editores): *Rethinking Northern Ireland*. London, Addison Wesley Longman, 1998.

Ardao, Arturo: «Panamericanismo y latinoamericanismo», en *América Latina en sus ideas* (Coordinación e introducción de Leopoldo Zea). México, Siglo XXI/UNESCO (Serie América Latina en su cultura), 1986.

Bagehot, Walter: *Physics and politics*. Londres.

Blas Guerrero, Andrés: *Enciclopedia del nacionalismo*. Madrid, Tecnos, 1996.

Bolívar, Simón: «Carta de Jamaica», en *Tres documentos de Nuestra América*. La Habana, Casa de las Américas, 1979.

Bosh García, Carlos: «Las ideologías europeístas», en *América Latina en sus ideas* (Coordinación e introducción de Leopoldo Zea). México, Siglo XXI/UNESCO (Serie América Latina en su cultura), 1986.

Bourdieu, Pierre: «Campo intelectual y proyecto creador», en Jean Pouillon *et al*: *Problemas del estructuralismo*. México, Siglo XXI (6ª ed), 1975.

Casaus, Marta: «La creación de nuevos espacios públicos en Centroamérica a principios del siglo XX: la influencia de redes teosóficas en la opinión pública centroamericana», en Quijada, Mónica y Bustamante, Jesús (Editores): *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo Ibérico (siglos XVI-XIX)*. Madrid, CSIC, 2002.

Deutsch, Karl: *Nationalism and Social Communication*. Cambridge, MIT Press, 1954.

Díaz de Arce, Omar: *Formación del Estado nacional en América Latina*. Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias Históricas. La Habana, 1986 (versión dactilografiada).

Gramsci, Antonio: *El «Risorgimento»*. Buenos Aires, Granica (col. Hombres del Tiempo), 1974.

Guerra Vilaboy, Sergio: *Historia Mínima de América*. La Habana, Editorial Félix Varela, 2000.

Halperin Donghi, Tulio: *Historia contemporánea de América latina*. Madrid, Alianza Editorial (14ª ed.), 2000.

Hobsbawn, Eric: *La era del capitalismo*. Madrid, Guadarrama, 1977.

—: *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Editorial Crítica, 1990.

Kaplan, Marcos: *Formación del Estado nacional en América Latina*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1969.

Kedourie, Elie: *Nationalism*. Londres, Hutchinson, 1961.

Lavallé, Bernard: «Americanidad exaltada/hispanidad exacerbada: contradicciones y ambigüedades en el discurso criollo del siglo XVII peruano», en Catherine Popupeny Hart y Albino Chacón (editores): *El discurso colonial: construcción de una diferencia americana*. Heredia, Editorial Universidad Nacional –EUNA–, 2002.

Lenin, V. I.: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras escogidas en doce tomos. Tomo V*. Moscú, Progreso, 1976.

Martínez Peláez, Severo: *La patria del criollo; ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*. San José, Editorial Universitaria Centroamericana –EDUCA–, 1972.

Oddone, Juan A.: «Racionalismo y nacionalismo», en *América Latina en sus ideas* (Coordinación e introducción de Leopoldo Zea). México, Siglo XXI/UNESCO (Serie América Latina en su cultura), 1986.

Pakkasvirta, Jussi: *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)*. Finlandia, Academia Scientiarium Fennica, 1997.

Portelli, Hugues: *Gramsci y el bloque histórico*. México, Siglo Veintiuno Editores (6ª.ed.), 1979.

Prieto, Alberto: «La nacionalidad en Nuestra América», en revista *Casa de las Américas*, números 7, 9 y 10. La Habana, 1978.

Ricoeur, Paul: *Relato y ficción*. México, Dos Filos Editores, 1994.

Seton-Watson, H.: *Nation and State*. París, Methuen, 1977.

Smith, Anthony: *Theories of Nationalism*. París, Duckworth, 1971.

Soler, Ricaurte: *Idea y cuestión nacional latinoamericanas —de la independencia a la emergencia del imperialismo—*. México, Siglo XXI, 1980.

Taracena Arriola, Arturo (con colaboración de Giselle Gellert et al): *Etnicidad, estado y nación en Guatemala, 1808-1944*. Guatemala, Nawaj Wuj, 2002.

—: *Invención criolla, sueño ladino, pesadilla indígena. Los Altos de Guatemala: de región a Estado, 1740-1871*. Antigua Guatemala, CIRMA (2ª ed.), 2000.

Wallerstein, Immanuel: *The Modern World-System III: The Second Great Expansion of the Capitalist World Economy (1780-1940's)*. San Diego, Academic Press, 1989.

—: *Historical Capitalism*. Londres, Verso, 1983.

Williams, Raymond: *Marxismo y literatura*. Oxford, Oxford University Press, 1980.

Email: iihs@uv.mx